

## El tercer tiempo de Andy



Andy Murray, durante su primer partido de rugby. | ANTONIO HEREDIA

Andy Murray es un chico de 22 años con síndrome de Down seducido por los superhéroes y el deporte. En diciembre disputó por primera vez un partido con jugadores sénior de rugby.

RODRIGO SALAMANCA Madrid

01/01/2017 12:19

Era domingo, primeros de diciembre. En el campo de El Cantizal (Las Rozas, Madrid) llovía a conciencia. El campo de césped artificial, que era más corcho que hierba, había sido testigo de una hazaña para Andy, su síndrome de Down, su club -Ingenieros Industriales Las Rozas- y su pasión por el rugby.

Por primera vez, Andy había jugado con sus compañeros de entrenamiento y de equipo. Por primera vez, había jugado en categoría sénior. Por primera vez, su equipo había jugado un extra de 10 minutos, un «partido de integración». Por primera vez, Andy, los sénior y el rugby.

**La hazaña había acabado.** El vestuario olía a desodorante barato y en el techo flotaba una nube de vapor sobre un escenario repleto de bolsas deportivas, chándales y ropa. Los 21 jugadores del equipo madrileño entraron en la caseta con una sonrisa de mejilla a mejilla. Habían perdido por un punto, pero algo había cambiado su estado anímico. Un chico vestido con la indumentaria del equipo y con el número 22 a la espalda, entraba en el vestuario. En su mano derecha llevaba una nevera portátil azul. Y dentro, el premio del partido: litronas de Mahou y una Fanta de naranja.

Y como si de una peña de amigos se tratara, que es de lo que se trata, los 22 cogieron las botellas y brindaron. «¡Por Andy!».

par de horas antes, este chaval encantador y encantado se había calzado las botas para saltar al campo.

Intrigado, Andy obedeció. Cuando sus dos amigos abrieron el espacio que tenían escondido, apareció una sudadera negra. En el pecho de la prenda, el escudo de Industriales Las Rozas y a la espalda una serigrafía que ponía «Resistance».

Para entenderlo todo hay que remontarse cuatro años. Todo empezó un día cualquiera de temporada. Un grupo de padres de Industriales acompañó a sus hijos a jugar sus respectivos partidos en el campo de rugby de Orcasitas (Madrid).

En uno de esos partidos, en la categoría sub-6, se producía un hecho insólito para ellos. Se cercioraron de que sus hijos estaban compitiendo contra dos niños con síndrome de Down. Jacobo y Nicolás militan en las filas inferiores del club de rugby de San Isidro. Ellos dos serían el precedente, aunque infantil, del partido de Andy.

## Proyecto

Cuando los padres salieron del campo, empezaron a idear **un proyecto deportivo enfocado a la inclusión**, tanto de niños como adultos. No tenían a ningún crío ni a ningún adulto en Industriales, pero les pareció una medida magnífica para intentarlo. Investigaron y supieron que ya había más equipos que integraban en sus plantillas a personas con esta discapacidad: el XV Hortaleza R.C., el Gastedi Rugby Taldea y el San Isidro.

Juan Ignacio Pina, Maguila, integrador social, y el capitán del tercer equipo sénior, Bol, profesor, emprendieron la aventura. «Fuimos a colegios e institutos a explicar la idea, pero el primer año y medio fue un fracaso y nadie se apuntó», cuenta Maguila a EL MUNDO.



Sin embargo, pasado un tiempo, la suerte se puso de parte de la familia Industrial. A mitad del 2013 apareció Andy Murray Parra. Sus padres, Bill (escocés) y Rosa (española), pensaron que el rugby sería una buena **fuentes de valores** que propiciarían la integración de su hijo. Aunque el joven ya había practicado más deportes como el fútbol y el baloncesto, ninguno les encandiló tanto como «el jugado por 15 caballeros embadurnados de barro».

Maguila elaboró un plan personalizado para Andy, que en ese momento tenía 19 años. Por motivos de desarrollo

Pídele a los Reyes Magos el mejor regalo: ¡El Mundo con 20% dto!

¡Llévatelo YA!

Pero había un problema. Andy superaba la edad de la categoría en la que entrenaba, y la normativa no permite jugar a personas que rebasen el margen.

Por ello, este integrador social que colabora como voluntario en una asociación que trabaja con chicos como Andy, tuvo una idea: **celebrar 10 minutos, extra y no oficiales**, después de cada partido para que Andy pudiera jugar con el equipo. «Se habla con los rivales y con los árbitros, y éstos nunca nos ponen pegas. Creo que sólo una vez. El sistema ha ayudado a otros de sus compañeros a ser mejores jugadores y personas. Y a mí, como integrador social, me ha aportado todo. Es mi amigo», dice Maguila con los ojos humedecidos.

Cuando entrenan y toca hacer contacto o placajes, Juan Ignacio recurre al otro hobby de Andy: los superhéroes. «Le digo que yo soy Hulk y él es Thor, porque le encanta y entonces se produce la lucha». Andy le mira y dibuja una curva en su boca mientras él habla.

## Amistad

---

Otro de los protagonistas en esta historia es Álex Gutiérrez. Conoció a Blanca, la hija mayor de la familia Murray Parra, en un garito de Madrid, en la primavera de 2011. Allí cosechó la amistad de la hermana de Andy y terminó conociéndole.

Pasaban los años y Álex comenzó a acompañar a Blanca a los partidos de su hermano. Durante uno de estos encuentros, Álex conoció a los que acabarían siendo sus futuros compañeros. Con cada conversación y cada cerveza, la amistad entre Álex y los jugadores fue afianzándose al punto de que el primero entró a formar parte del equipo.

Pero Blanca tuvo que marcharse fuera de España para proseguir sus estudios de Economía. Cuando el pequeño de la familia Murray Parra no está en el centro ocupacional al que va todas las semanas y Álex no está estudiando o haciendo cuentas, se les puede ver paseando juntos por Las Rozas o Torremolinos o bebiendo una Fanta, de naranja por supuesto, «la favorita de Andy».

A principios de esta temporada, Industriales Las Rozas decidió subir de categoría a Andy. Su destino sería el equipo de Álex, que juega en la Tercera Regional madrileña.

Cada martes y jueves, a las 20.00 horas, entrenan y preparan el partido del fin de semana. En una de esas sesiones, los integrantes del Industrial pensaron que Andy debía jugar un partido antes de acabar el año **como premio a su esfuerzo y dedicación**. Entonces, Maguila y Bol pusieron fecha: el primer domingo de diciembre.

Y así llegó el Día -D de esta historia. A las 11.45 horas, Andy entró por la puerta de El Cantizal, su lugar preferido. Llegó acompañado de Álex y cubierto con su cazadora de los Glasgow Warriors, porque él es «de Escocia». Y con una bolsa de deportes de su equipo al hombro saludó uno a uno a sus 21 compañeros. Sus 21 guardianes.

El conjunto roceño se adentró a cuentagotas en el vestuario. Los guerreros dejaron en el suelo sus bolsas personales y colgaron sus chaquetas empapadas por la lluvia. En el piso había dos bolsas, una llena de mandarinas y otra vacía para dejar las mondas del banquete. Andy, pegado a Álex, fue uno de los últimos en entrar, demostrando la timidez que le hace único. Mientras buscaban un sitio en el banco donde poner sus cosas, Andy se encontró frases motivadoras impresas en folios: **«Aprender, escuchar o ser mi mejor yo»**. Se sentó cerca de una esquina porque «peca de tímido».

El entrenador, Sid Petros, una combinación helénica e inglesa, preparó a sus 22 atletas para que salieran a calentar. Ellos, que aún estaban en paños menores, se untaban las cremas calentadoras y la vaselina para soportar los dolores que causa cada placaje.

Antes de salir a dar unas vueltas al campo y entrar en calor, Álex abrochaba los cordones de las botas verdes fosforitas que los Murray Parra habían regalado a su hijo Andy por su cumpleaños... el día anterior.

Cuando terminaron de calentar, Álex y Andy salieron al campo juntos, como Timón y Pumba en El Rey León. Ya reunidos todos en un círculo, Bol, como capitán, ordenó hacer unos sprints, saltos, placajes, recuperaciones... Todo detrás de los palos que conforman los 100 metros de largo y 70 de ancho de un campo de rugby para no estorbar a lo que aún seguían jugando.

vestuario para cambiarse. El habitáculo estaba lleno de vapor de agua, porque los equipos que les precedieron ya habían finalizado. Cerraron la puerta y el cuerpo técnico comenzó a asignar las camisetas de cada jugador correspondientes a sus posiciones. El 22 era para Andy.

Entonces, por cuestiones deportivas, Juan Ignacio Pina, Maguila, decidió que Andy entraría después del partido oficial para convertirse en el protagonista de la fiesta por la integración.

Y llegó el momento esperado por el joven: enfundarse la camiseta negra y azul que distingue a Industriales Las Rozas. Se quitó la que llevaba, con el número 1 a la espalda, y sus compañeros le ayudaron a ponerse la otra. Y a Andy se le inflaba la vida de orgullo...

Cuando todos estaban listos con sus pantalones cortos, las hombreras de protección, las vendas y las chichoneras, Bol los reunió hombro con hombro. Venía el chaparrón del capitán: «¡Sed felices y sonreíd, joder! Hoy es el mejor día de todos. Es un día especial porque venimos a hacer lo que más nos gusta. Sólo quiero ciertas cosas. Respeto. A mis compañeros, a los rivales y al señor [árbitro]. Y no quiero malas palabras». Terminó y se hizo un silencio que duró varios segundos, roto por el grito de guerra: «¡Un, dos... Indus!», vociferaron todos.

Salieron y ganaron el pasillo que lleva al terreno de juego. Pero esperaron a una persona. Al número 22.

Finalmente, Andy llegó después de que Álex le hubiera abrochado otra vez los cordones.

Portando un balón blanco, Andy abría la hilera de jugadores del Industrial camino del césped. Con una sonrisa en la boca y seguido por gritos de ánimo, Andy se dirigió al banquillo. Allí, concentrado y sin mencionar palabra, estuvo durante 85 minutos.

## El debut

El partido acabó con un resultado muy ajustado. Y cuando los jugadores de ambos equipos se saludaban como forma de respeto al rival, Iván Carrón, «el señor», hizo sonar su silbato: «¡Partido de integración!», gritó.

Formó melé en el centro del campo y entonces comenzó a vivir su sueño. Salió del banquillo y corrió hacia los jugadores. Era su momento.

Se colocó en el lateral izquierdo, agachado y cumpliendo el *time in* que el árbitro ordenaba. «¡Crouch, Bind, Set!».

El balón entró por debajo de aquel conglomerado de 16 jugadores enfrentados y llegó hasta los pies de Andy. Maguila lo capturó y se lo pasó. Como si de un correccaminos se tratase, Andy salió de la formación. Corrió y corrió dejando a sus rivales atrás hasta que, a 20 metros de la línea de ensayo, chocó con varios jugadores de Alcobendas.

Pero Industriales fue empujando metro a metro sin dejar solo al número 22. El equipo recorrió 15 metros. Y, de repente, a falta de cuatro metros, Andy se escapó y plantó el balón oval en el suelo. La derrota que había sufrido el equipo local se convertía en una fiesta con aquella jugada.

La voluntad de un equipo y una familia han hecho que el síndrome de Down sea normal, lo cotidiano. «La integración de Andy en la sociedad y en el equipo ha sido del 100%», relata el padre del chico.

El partido acabó. **El protagonista fue Andy.** No era un día agrídulce. Todo lo contrario. «Era un día especial». Pero antes de la celebración en el vestuario ocurrió algo que sólo puede salir del corazón. Maguila se acercó adonde estaba Andy y, como si de un padre se tratase, le dijo: «Habrás más partidos como éste. Andy, estoy orgulloso de ti. Esto sólo lo has hecho tú, no lo olvidas, sólo tú».

---

## 9 Comentarios



halin

01/01/2017 13:27 horas

#4

Me encantan estas noticias. Así dan ganas de salvar algo en este país. Mi hermano tiene síndrome de down y el equipo de rugby de aquí (Gaztedi) también tiene bastantes detalles con ellos y hasta han participado este año en el

Pídele a los Reyes Magos el mejor regalo: ¡El Mundo con 20% dto!

¡Llévatelo YA!